

Los finales felices, eso es lo que se llama ficción

Las aguas del olvido

LUZ GARCÍA

Caza de Libros, Ibagué, 2012, 210 págs.

DE ENTRADA a esta novela de Luz García, *Las aguas del olvido*, dos cosas se hacen obvias. En primer lugar, se trata de una nueva novela sobre la violencia y la desigualdad social como males mil veces allanados en la literatura colombiana. En segundo lugar, que el fenómeno que este libro habrá de describir nos acercará una vez más a ese sentimiento colectivo de impotencia, las aguas del Leteo se llevan todo como los ríos colombianos en los que la muerte flota río arriba con una naturalidad pasmosa. Luz García—quien además ha publicado a la fecha el libro de no ficción *Armero un luto permanente* (Random House Mondadori, 2005) y un par de novelas en las que aborda ya sus principales inquietudes, la enfermedad y la violencia, *Un libro especial* (Pijao Editores, 2007) y *Ladrón de violetas* (2009)—nos cuenta en esta nueva novela sobre la vida de un grupo de jóvenes que se ven obligados a lidiar con el día a día, entre guerrilla y paramilitarismo, mientras engañan el hambre con pegante o huyen de la miseria en un largo peregrinaje hacia cualquier parte. El lugar del que huyen es precisamente un caserío al que la autora ha dado el nombre de Las aguas del olvido, palafitos gobernados por el abandono y la pobreza en donde tiene lugar la historia de Joselillo, mejor conocido como *el mudo*, personaje encargado de llevar la narración a lo largo de tres grandes apartados cuyo nombre nos pone ya al tanto del curso de los hechos: “La huida”, “La recuperación” y “El regreso”. Nos enfrentamos a un relato que va de revisar la rutina de los moradores de Las aguas del olvido—impregnado para bien de un lenguaje menos crudo y más lleno de descripción de paisajes y acentos líricos, como describir la aurora y el espectáculo de los langostinos y las jaibas recogidas en las redes con los primeros rayos de sol—, a visitar las aulas de una escuela que le sirve a la autora para concentrar

su atención en las problemáticas infantiles propiamente dichas, asistimos pues a una serie de relatos personales que hacia el final del libro se resuelven en una ficción ideal: los enfermos se recuperan, los adictos abandonan sus vicios, algunos se casan y los pobres se hacen menos pobres.

El relato de vida de una comunidad de niños golpeados por la violencia intrafamiliar y las injusticias sociales se revisa desde la inocencia de una escuela en donde maestros y psicólogos ponen en discusión asuntos como el valor, la honestidad y la justicia social. Se desprende de estos episodios la necesidad que tiene la autora de dejar un mensaje y convertir la novela en un libro de pedagogía y autosuperación. Allí se nos narran con un tono que va de la suspicacia infantil al léxico de calle y las expresiones soeces los modos de supervivencia al que se ven obligados muchos de estos niños para mantenerse a salvo y conservar un estatus de dureza dentro de su grupo. Algunos encuentran cuidados y lealtad total, otros son asesinados sin el menor asomo de dolo o de culpa.

La mentalidad de Joselillo—a quienes algunos de sus compañeros juzgan de mongólico—lo llevará a rondar por ahí, distraído, bajo el cuidado de Carlos, un conductor de tractomula que velará siempre por su bienestar. Alrededor de esta historia central están los relatos de Mariela, de María, del Búho, del poeta—un joven que muere en la segunda parte del libro estragado ya por la droga y la falta de cuidados médicos—, la historia de El Enano. A ratos Luz García deja que sus personajes simplemente sean y otra los obliga a abrigarse bajo la mascarada del bien, lo cual sería adecuado a no ser por el tipo y el tono del discurso que le sirve para ello: “Manuela era una de las alumnas más sobresalientes del curso, sus capacidades de liderazgo y sus conceptos sobre justicia, caridad, solidaridad, compañerismo y otros hacían pensar en un promisorio futuro para el desarrollo de su familia y de su comunidad”.

Hacia la segunda parte del libro, las historias empiezan a parecernos menos duras. El cambio va haciendo mella y la finalidad de esta novela como obra empieza a ser bastante clara. Carlos, el conductor que cuida de Joselillo,

empieza a escribir su propia historia de amor, la profesora de la escuela, Adriana, parece corresponderle. Empiezan a aparecer aquí y allá algunas frases hechas, frases de almanaque que hablan de fe y de esperanza, de amor, de tolerancia y que incluso están allí en mayúsculas sostenidas como en un libro de texto. Esto va restándole un poco el sentido como novela, pues el libro empieza a asemejarse más a un testimonio que a una obra de ficción. Cada uno de esos personajes va descubriendo su propio camino de auto-descubrimiento, caso de la historia de María, una universitaria que acabaría sumida en la indigencia gracias a la cocaína y el alcohol; o historias como la del poeta, a quien el Búho asistiría hasta su muerte, luego de haber ingerido los últimos tragos de ron y verse ante los alcatraces desvaneciéndose entre ataques de tos: “Cuando el Búho regresó con el inhalador no quiso despertarlo y se sumió también en sus sueños de locura: soñó que María regresaba con los niños, el enanito había crecido y el mudo hablaba”. Al tiempo que Joselillo pasa por toda clase de pruebas de habilidad, en las que se llegó a demostrar que gozaba de una inteligencia normal, otros personajes aparecen para terminar de subrayar el clima de decadencia propio del abuso de drogas. Aparece entonces el Estudiante, un muchacho de familia que llegó un día cualquiera en busca de pastillas de éxtasis y que el Búho había salvado de una muerte segura tras haber sido despojado de todo lo que ese día traía encima.

Poco a poco se van resolviendo las desventuras y Luz García no deja de aprovechar ese repentino rayo de luz para pontificar desde la pedagogía y los valores, el liderazgo de Manuela, el espíritu solidario de la maestra Adriana, la valentía y fortaleza de Carlos.

Ya entrados en el tercer y último capítulo del libro, asistimos a la boda anunciada. Carlos, además, volvería a tener contacto con Joselillo luego de las terapias y la distancia. Los habitantes de “la calle de la miseria” habían disminuido pero un grupo se conservaba unido:

El Búho, el estudiante de teología con sus ideas emancipadoras, Sol con su embarazo alimentado con bazuco y hambre, la niña que sobó los pies

NARRATIVA		RESEÑAS
<p>del Poeta en sus últimos minutos y que entregaba su párvulo cuerpo por una bicha, el hombre que pedía frutas y panes para todos, los hijos del lustrabotas, el español, un italiano, el viejo mecánico, una mujer alcohólica que casi nunca hablaba y mantenía deprimida llorando todos los días y como unos veinte individuos más; algunos recién llegados, otros no, pero absolutamente todos con un brillo tenue de esperanza que el estudiante de teología solapadamente les sembraba.</p> <p>Aparece ya en el último capítulo la imagen de unos cuantos benefactores que, por obra y gracias de la buena fortuna, fueron convocados para rescatar los palafitos de la miseria y el abandono. Con la recuperación de Joselillo, la estabilidad de personajes entrañables en el relato como María y el matrimonio feliz de Adriana y Carlos, la novela de Luz García se convierte de repente en una fantasía Disney. Jóvenes políticos que ayudan a los habitantes de la calle mostrando “una madurez tan sólida como su deseo de trabajar mancomunadamente por una causa social... Con la propuesta en mano, sin importar su jerarquía, ni siquiera su ideología, se reunieron desde muy temprano con autoridades gubernamentales, militares, eclesiásticas y civiles a debatir sobre posibles soluciones”. De repente los medio de comunicación y los políticos ponían sus ojos en aquel caserío de miseria mientras que los personajes del libro van saliendo uno a uno del hoyo de la droga y la indigencia.</p> <p>Reunidos de nuevo Carlos, Joselillo y Adriana la maestra, les vemos caminar de la mano con el sol de la tarde tras ellos, casi como una postal de los testigos de Jehová. Finalmente, el mudo interviene en el relato:</p> <p>Lo que les estoy contando lo recordé hace poco. Cuando supe que mi familia y mi palafito seguían vivos. Lo que sentí es difícil de explicar; sentí que la cabeza me crecía y se ponía caliente y unas puyas fuertes en los oídos; después me fueron llegando relampagazos de recuerdos, pero me daba miedo contar... fue muy horrible, claro que ahora estoy entendiendo que por eso era que me daba tanto miedo ver sangre, peleas, armas, hombres extraños que habla-</p>	<p>ban fuerte.</p> <p>Luego de permanecer en silencio durante todo el libro, y tras una intensa terapia que ocupaba uno que otro capítulo de la novela, el mudo Joselillo resulta todo un orador, aun a pesar de hablar “con muchas pausas, las pausas del recuerdo doloroso que pesaba en su mente”. Relata entonces lo sucedido el día ya remoto en que perdiera parte de su familia. Ya con dieciocho años a costas, de improviso su rol dentro de la narración termina por cambiar drásticamente, ahora como una especie de mesías en quien muchos de los pobladores del palafito empiezan a descubrir un carismático líder social. Ya de salida, <i>Las aguas del olvido</i> se transforma así en un engañoso manual de superación. Ya con sus personajes convertidos en hombres de bien y tras descubrir que uno de aquellos drogadictos irredentos era en realidad “un sacerdote recién graduado que quiso disfrazarse y vivir la realidad de las calles, para poder buscar soluciones”, el libro demuestra su fin. Secretamente aquel estudiante de teología nos evangelizaba y, de paso, buscaba en la sociedad medios para ayudar a las pobres gentes de <i>Las aguas del olvido</i> y de paso ayudarle a Luz García a resolver cómodamente un relato plagado de vacíos pero con final feliz. Gentes devotas van y vienen por estas páginas finales mientras todo el relato se convierte en una guía espiritual y la narrativa se pierde tras la superchería de algunos acontecimientos. De pronto vemos a las familias felizmente unidas, a Joselillo invitado como ponente en el “Encuentro nacional de jóvenes por un futuro promisorio”, una escuela ampliada, un bebé en camino, y a alguien recordando al poeta muerto cuando declamaba un poema de Porfirio Barba Jacob:</p> <p>Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos ¡Niñez en el crepúsculo! ¡Lagunas de zafir! que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza y hasta las propias penas nos hacen sonreír.</p> <p>Carlos Andrés Almeyda Gómez</p>	